



Al inicio del tiempo “per annum”

Al concluir la Navidad, la Iglesia no entra en un periodo vacío, en penumbra, sino en un tiempo habitado. Las grandes luces de la Epifanía se vuelven ahora una claridad serena que acompaña el paso de cada día.

El Niño Jesús manifestado a las naciones comienza a recorrer los caminos de la vida como Maestro y Señor. El Tiempo Ordinario es ese espacio donde la Encarnación se hace historia vivida y camino de seguimiento.

En Oriente y Occidente, la Iglesia canta y celebra esta verdad con un mismo aliento. En la liturgia bizantina, la fiesta del Bautismo del Señor — que abre esta etapa del año litúrgico— y que hemos celebrado el pasado domingo proclama: *«Hoy el mundo es iluminado; hoy la creación entera canta: Cristo se ha manifestado»*.

No es solo un recuerdo: es una epifanía que continúa. La luz no se apaga; se difunde. Resuena entonces la palabra del profeta que hemos escuchado en la lectura primera: *«Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra»* (Is 49,6).

Un camino que se abre para nosotros



Esta es la vocación eterna del Hijo. En la tradición siríaca, san Efrén contempla a Cristo como el sol que se ha levantado en la noche del mundo: su luz no vence por violencia, sino por mansedumbre, entrando incluso en las sombras del corazón. La luz de Cristo no hiere, siempre cura.

San Mateo nos acompañará durante este tiempo mostrándonos a Jesús como el Maestro que forma un pueblo. En la tradición latina, la Iglesia pide en estos días: *«Que nuestra vida sea un continuo caminar en tu presencia»*. La fe no es un instante de brillo, sino una peregrinación en la luz.

En la liturgia armenia, el Evangelio es llamado *“la lámpara de los pasos”*. No ilumina todo de una vez, sino lo suficiente para dar el siguiente. Así es el Tiempo Ordinario: un aprendizaje lento, donde Cristo nos enseña a vivir desde la luz de su evangelio, no desde el miedo. San Agustín advertía: *«Temo que el Señor pase y no lo reconozca»*. Y la tradición monástica responde con una sabiduría antigua y siempre nueva: vigilar el corazón, para reconocer a Cristo que pasa en lo pequeño, en lo repetido, en lo

ordinario. Cuando el Evangelio habla de *“vigilar”*, no se refiere a mirar hacia fuera, sino a mirar hacia dentro con atención amorosa, a fin de que no se apague la luz de la fe, que Dios encendió en él.

Cristo es la Luz de las naciones. La Iglesia, en todas sus tradiciones —romana, bizantina, siríaca, copta, armenia— no hace otra cosa mas: recibirla y devolverla al mundo en forma de oración, evangelización y vida entregada. En la Eucaristía la luz se nos da; en la misión se nos confía para compartirla



Iluminando desde Cristo

Al comenzar este tiempo hemos de aprender a vivir bajo esta luz suave y fiel. No deslumbra, sino que acompaña. No se impone, sino que salva. Para que esto se así, tenemos todo un reto por delante:

- Dejarse iluminar leyendo su palabra.
- Reflejar su misericordia en obras concretas.
- Transformar la realidad desde dentro.
- Irradiar mansedumbre y verdad.
- caminar como comunidad que enciende esperanza.

No se trata de brillar más, sino de brillar mejor, con la luz que nace del costado abierto de Cristo. Y cuando esa luz pasa por nosotros, el mundo descubre que la noche no es definitiva.

ORANDO CON LOS SALMOS

SALMO 39/40



**Yo esperaba con ansia al Señor:
él se inclinó y escucho mi grito;
me puso en la boca un cántico
nuevo, un himno a nuestro Dios.**

Tú no quieres sacrificios

ni ofrendas, y en cambio me abriste el oído;

no pides sacrificio expiatorio,

entonces yo digo: «Aquí estoy.»

«Como está escrito en mi libro:

para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero,

y llevo tu ley en las entrañas.»

He proclamado tu justicia

ante la gran asamblea;

no he cerrado los labios: Señor, tú lo sabes.

El Salmo 39 de la Vulgata es una confesión orante que nos sitúa en el corazón de la fe bíblica: Dios no busca ritos vacíos, sino una vida obediente. El salmista no desprecia el culto; lo purifica. Descubre que el verdadero sacrificio es la escucha que se convierte en entrega. «*Tú no quieres sacrificios ni ofrendas...entonces yo digo: “Aquí estoy”*».

Esta palabra atraviesa toda la Escritura y alcanza su plenitud en Cristo. No es un rechazo del templo, sino su cumplimiento: la liturgia verdadera comienza cuando el corazón se abre a la voluntad de Dios. San Agustín de Hipona comenta este salmo con claridad: «*Dios no se complace en lo que ofrecemos, si no nos ofrecemos a nosotros mismos*». El “*aquí estoy*” es la ofrenda que agrada a Dios porque es ofrenda de la persona. El salmo nace, además, de una

experiencia de liberación: «*Me sacó de la fosa fatal, de la charca fangosa*».

Antes de la obediencia hay gracia; antes del compromiso, la salvación recibida. No obedecemos para ser salvados; obedecemos porque hemos sido salvados. Esta dinámica resuena en la tradición oriental. En la Divina Liturgia, después de la comunión, la asamblea proclama: «*Hemos visto la luz verdadera, hemos recibido el Espíritu celestial*». La liturgia no termina en el altar: continúa en una vida transformada.

San Juan Crisóstomo subraya: «*Nada es tan agradable a Dios como un corazón atento a su palabra*». El salmo habla de un oído “abierto”, imagen de la docilidad interior: Dios forma un pueblo que escucha para vivir.

Cuando el salmo dice: «*He proclamado tu justicia en la gran asamblea*», une inseparablemente obediencia y misión. Quien ha sido rescatado no puede callar. La alabanza se vuelve testimonio; el culto, anuncio.

En la tradición romana, este salmo aparece vinculado al misterio de Cristo en la carta a los Hebreos (cf. Hb 10,5-7): «*Un cuerpo me has preparado*». La obediencia del Hijo se hace carne. La Iglesia confiesa así que la Eucaristía es la actualización del “*Aquí estoy*” de Cristo, al que nos unimos. El salmo no pide héroes, sino corazones disponibles. Pero el salmo no ignora la fragilidad: «*Yo soy pobre y desdichado, pero el Señor cuida de mí*». La obediencia cristiana no es autosuficiencia; es confianza humilde. En la liturgia hispano-mozárabe se pide: «*Acepta, Señor, la ofrenda de nuestra debilidad*». Dios acoge un “*aquí estoy*” que tiembla, pero que Él sostiene.

EN LAS FUENTES DE AGUA VIVA

CATEDRAL
DE OVIEDO



II DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
18 DE ENERO 2026

LUZ O MUNDO



TE HAGO LUZ
DE LAS NACIONES